

CAÑAS, Dionisio: *La caverna de Lot*. Madrid, Hiperión, 1981.

Según apunta la anónima pero excelente nota de la solapa, presumiblemente escrita por el autor, este libro de poemas refleja, en algunos casos, la escisión entre el yo y el objeto y, en otros, su encuentro feliz: el yo, en tensión con el mundo y en lucha contra el tiempo, huérfano a veces de su propio cuerpo, pero heredero de la palabra de todos los tiempos.

Para vencer esa escisión entre el yo y el mundo, el poeta se mueve en dos direcciones frecuentemente ambulado de la imagen erótica. Primero se vuelve hacia su origen, el padre, pero no en un retroceder a lo antecedente, sino en un regreso vibrante: el tema es el incesto, el cual alcanza también a la madre, a la hermana, al espejo. Muy lejos de querer disolverse en su estado original, quiere devolver algo al mundo. Expresa esta interacción de un modo ideal al tratar de rescatar esos encuentros felices y fijarlos en la palabra que también es tiempo. Y de un modo material, por medio de las excreciones acuosas de su cuerpo donde éste se deshace para convertirse también, como el poema, en objeto en el mundo. Estos dos movimientos, hacia el origen y hacia lo erótico, se funden en su atracción por lo húmedo: todo se mide en estos poemas por su acercamiento al agua, de los cuatro elementos el que rige el alma del poeta, como conviene al incesto mayor, el retorno al agua madre. Así lo confirman sus imágenes, en las que reaparecen el mar, el río, la lluvia, el llanto, la saliva, el semen, la baba, la lengua, la sal y los cuerpos sudorosos; lo seco, lo congelado, lo sobado; y verbos tales como lamer, libar, vadear.

Ya esta obsesión podía apreciarse desde el primer libro del poeta español, cuyo título ahora se explica mejor, si bien es todavía difícil de aceptar en su atrevimiento (¿nerudiano?), *El olor cálido y acre de la orina* (Barcelona: Vosgos, 1977). Aquí lloraba el poeta la falsedad, la máscara, la «mentira engalanada», el ritual de circo que encubre la podredumbre. Sólo el llanto es verdadero, con su sabor agrio de sal, o la orina con su olor «cálido y acre». De ahí quizás el sorprendente título, como desafío o alarde de quien quisiera dejar caer esa máscara. Ahora, en *La caverna de Lot*, demuestra, además de una completa madurez poética en los mejores momentos, una mayor aceptación del mundo (*Era el verano una fruta fugaz / que entre los dedos se hacía comestible*, p. 39), pero siempre frágil juguete amenazado por el tiempo: *Corrimos perseguidos por el miedo / de sentirnos desposeídos de repente / de aquel amor que hoy estamos reescribiendo* (p. 25).

Es desde esta madurez donde observa ahora el mundo. En un bello poema titulado «Caballo ahogado en un lago», el lago es *red mortal para un caballo en su carrera / y para nosotros turbio espejo donde mirar al tiempo* (p. 25).

Esa preocupación por la caducidad que recorre todo el libro, queda muy bien expresada en otro poema, en cierto modo anverso y paralelo a éste, «Viejo atleta castellano»: *con ternura o quizás con algo de desprecio / sonrío sin saber que mi torpeza pronto será la suya*. Y termina el poema reafirmando la imagen: *Sentado en la orilla de este páramo inmenso / alto de piedra y polvo / con antigua tristeza miro pasar las nubes / cuerpos / que el viento deshará* (p. 56).

Podría pensarse que los dos poemas remiten muy oblicuamente a la figura del padre, ausencia siempre vigente. Ya había observado, *es imposible reconstruirte ausente / sólo*

vives en el espacio pintado por mi sueño (p. 11), pero más tarde, desposeído ya de la inocencia, queda para siempre la voz del padre ahogada / en el borroso mar de la memoria (p. 13).

En esta búsqueda del padre, ha llevado el tema del incesto a todos los tiempos. El de la leyenda tartesia de Gargoris y su hijo Habis, incesto doble que se convierte en acto tan natural que *De la noche mermada / los pájaros / en jerga no aprendida / tradujeron el alba* (p. 15). Y como incesto poético, en la vuelta a sus orígenes por medio de la intertextualidad, recobra las figuras de Antígona y de Edipo, quien aquí no es rey sino reo, mientras que a Georg Trakl, poeta expresionista alemán, lo declara «sin culpa» en la profesión de amor que éste sintiera por su hermana.

Es quizás una gran orfandad de su propio cuerpo (*Como narciso ciego en su ahogada imagen / ebria de espacio*, p. 42) lo que le inste a buscar casi desesperadamente un amor que, como un espejo, se lo devuelva, sudoroso. No importa que ese amor se encuentre en los rincones más prohibidos del alma. Y como esta vuelta presintiera el origen, esto es, la nada como finalidad, busca lo vital en el padre, lo que en última instancia representa una amenaza quizás menor aunque ineludible, la temporalidad. Esa misma orfandad del cuerpo, ese miedo a perderlo una vez hallado, se traduce en su preocupación por la decadencia física y la muerte, como hemos visto en «Viejo atleta castellano» y «Caballo ahogado en un lago». Para otros poemas basta con mencionar su título: «Ruinas junto al Hudson», «Tierra atardecida». Este desamparo del cuerpo le impulsa a buscarle una voz, esa ave sorda quizás menos perecedera. Sin embargo, la escritura, *torpe imagen de lo que fuimos / ahora que nada somos sino palabra / negada* (p. 60), es de una rapacidad que enturbia la vida misma sin llegar a poder expresarla:

No enturbiaré tu amor con la escritura  
¿Merece algo más esa adorada ave de rapiña?  
Tú y yo sabemos que son estas palabras  
el oscuro fragor del más intenso día

(p. 23).

Con este poema breve como epígrafe inicia Dionisio Cañas la sección que titula «Tierra atardecida», en conjunto quizás la mejor lograda. En ella se destacan «El único argumento de la obra» y «Jardín de espera», bello poema de amor en plenitud ya transcendida, marcada y a la vez liberada de temporalidad.

Dionisio Cañas pertenece a ese grupo cada vez más creciente de poetas de habla hispana que desarrollan su obra en los Estados Unidos, tan tocados de una iberoamericanidad total que ya casi parece no importar su país de origen, abiertos, además, tanto a la tradición literaria española como a la universal y moderna. Si algún día esta poesía, que hoy rotulamos inconsecuentemente como del exilio, pudiera integrarse en una escuela de características mejor definidas, sólo el tiempo dirá. Lo que sí parece evidente, y de ello es muestra el presente volumen, es que la voz ya madura de Dionisio Cañas habrá de tomarse en cuenta.

DOLORES M. KOCH  
(EE.UU.)